

El 27 de diciembre, Juan Carlos I sancionaba la Constitución, una semana más tarde, el día de "reyes", en la Pascua Militar, el monarca tomaba postura: sancionaba públicamente a los militares discolos, a los que atacando al Gobierno intentaban la desaparición de la Corona, a los franquistas e, incluso, a los que, desde el extremismo, clamaban por una República fascista. Como era de prever, la muerte de "Argala" trajo una escalada de violencia que culminó, de momento, con la muerte del gobernador militar de Madrid. "Los atentados de ETA —apuntaba el diputado dimisionario, Luis Apostua, desde su sacrosanta columna del "Ya"— hallan un eco que juega a su favor en muchos militares, que sólo conciben España según el molde salido de la guerra civil". Se estaba advirtiendo que los intereses de ETA, en un momento determinado, y los del sector más cerril de la oligarquía española pudieran ser coincidentes.

LA OTRA SANCION DEL REY

FERNANDO GONZALEZ

1 ESTADO EMOCIONAL

En la primera semana de 1979, sobrevolando la amenaza de vivir un "estado de sitio", y con las dudas gubernamentales sobre si establecer o no un "Estado de Excepción", se ha producido, según el Ministerio de Defensa, en el "estado emocional". Es una explicación psicológica y caritativa de la insubordinación.

Con gritos como: "¡Ejército, al poder!" o "¡Alzamiento Nacional!" se anunció en la plaza de la Cibeles la aparición del féretro del general Constantino Ortín Gil. Eran las cuatro de la tarde del 4 de enero. En ese momento se rompían, por primera vez, las previsiones del Ministerio de Defensa acerca de la unidad del Ejército. La importante concentración fascista (hay una evasiva tendencia en la prensa, denominando con una piadosa perifrasis "elementos de ultraderecha", a los que propugnan descaradamente un *putch* fascista) es mayor de lo previsto. Y, por primera vez, los militares de uniforme desobedecen. Es el más alto riesgo corrido desde que, en julio de 1978, caía asesinado el general de Brigada Sánchez-Ramos, junto con un teniente coronel. Paralelamente a las consabidas notas de repulsa de los partidos, los órganos de prensa más reaccionarios hacían leña del árbol caído, buscando una cierta forma de "estado de excepción" que exija el llamado "gobierno fuerte". "Los halcones tenemos y tenemos razón", decía Jerjes en El Alcázar, seudónimo que oculta a un conocido militar.

José María Bandrés, abogado y senador dimisionario de Euzkadi Euzkerria, declaraba en El Periódico: "Tengo la nacionalidad vasca y la ciudadanía española. Radicalmente, soy vasco y, además, vasco independentista. Independencia que se podría alcanzar a través de una autodeterminación... El Gobierno de Madrid debe sentarse a negociar con ETA". Como para desmentirlo, esa misma noche el ministro Martín Villa, desde la televisión, divagaba durante un buen cuarto de hora sobre la inviabilidad de un "estado de excepción", afirmando que, en definitiva, no se

2 ESTADO DE CONFUSION

negociaría con ETA y que "o nosotros acabamos con ETA, o ETA acaba con nosotros".

A pesar de que los medios oficiales se mantuvieron herméticos y de la prohibición a reproducir integra la nota de ETA reivindicando

3 ESTADO DE TENSION

la muerte del general Sánchez-Ramos, cuando la Constitución había de ser aprobada en el

riódico afirmaba que se hallaba tranquilo al haberse enterado de "la detención de los supuestos asesinos". Abel Hernández, el consabido portavoz de la Moncloa, agitaba en Informaciones con escaso éxito el espantajo de la inexplicada Operación Galaxia, sin llegar a alcanzar, como es costumbre en él, las mínimas cotas de credibilidad, salvo en UCD, naturalmente.

Larga noche entre el 4 y el 5 de enero. Se especuló con la dimisión de Gutiérrez Mellado y su sustitución por diversos generales, sonando insistentemente el nombre de Ibáñez Freire. El 5, por la mañana, los españoles del Suroeste se enteraron de que había habido "tanques en la calle", más tarde se aclaró que eran maniobras normales que se celebraban en Huelva, Sevilla y Badajoz.

Simultáneamente, a lo largo de la semana, se producían explosiones en el Metro de Madrid, en la comisaría de Estrecho, también en la capital, en la estación del Norte de Bilbao, mientras en Barcelona,



do la muerte del general, la impresión en los medios informados es que ésta era esperada como respuesta a la muerte de "Argala", ocurrida en el País Vasco y sobre la que se ha corrido un velo de silencio. A la confusión tras la muerte, cuando aún estaban en el aire los ecos del funeral del comandante Herrera, en San Sebastián, y el entierro de un artificio de la Policía en Málaga, Francisco Berlanga, al que había explotado un artefacto cuando lo desactivaba en Pamplona, se une la agencia Efe, que, en un insólito despacho a las pocas horas del atentado del general Ortín, aseguraba que en el kilómetro 109 de la carretera de Irún, en la provincia de Segovia, había sido detenido un comando de "los asesinos del gobernador militar de Madrid".

Congreso, el comisario Conesa lanzó la "Operación Miraflores", con gran despliegue de aparato policial e incluso con fotografías de supuestos miembros del GRAPO, implicados en el atentado, después desmentido. Era, naturalmente, una operación de cobertura que tranquilizaba a la opinión pública y que, tras algunos días de afirmaciones y desmentidos, desinteresaban definitivamente al hombre de la calle. Esta vez era la agencia estatal de noticias la que colaboraba a la confusión, mezclando el apellido de uno de los detenidos, Arregui, con el de Mujica Arregui, conocido como "Ezquerri", quien desde San Sebastián desmentía la noticia.

Martín Ferrand, en una de las manifestaciones de su pluriempleo informativo, su columna de El Pe-

en la calle Selva del Mar, casi esquina a la Gran Vía, unos disparos de la Policía abatían a un joven. "Todo tiene un límite", amenazaba un severo editorial del ABC.

3 ESTADO DE TENSION

El Consejo de Ministros apoyó, como era de esperar, al general Gutiérrez Mellado. Dos días antes se filtraba la noticia de que siete tenientes generales pasarán, en el presente año, a la situación B, es decir, dejarán el mando. Entre ellos, Tomás de Liniers y Pidal, Antonio Ibáñez Freire y José Vega Rodríguez. Alguno de ellos ocupando cargos decisivos: el tenien-



Arrecian los insultos y los gritos de dimisión contra el ministro de la Defensa en el Patio de Armas del Cuartel General del Ejército. Finalmente, paisanos y militares "raptan" el féretro del gobernador militar de Madrid. Mientras, la capital se ve cercada por el consabido "control Canesa", que embotella el tráfico.



te general Liniers es jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Oliete Sánchez es director general de la Guardia Civil, el general Ibáñez Freire, por su parte, continúa de capitán general de Cataluña. Para los técnicos en la materia no es posible la desaparición política del teniente general Gutiérrez Mellado hasta que, a lo largo de 1979, todos estos cargos estén cubiertos. Incluso en el improbable supuesto de que hubiese socialistas en el Gobierno, la presencia del general Gutiérrez Mellado en su cargo es indispensable hasta dejar rematada su obra.

"Euskadi, ocupada como la Francia del nazismo", afirmaba ETA en un comunicado anterior al de la muerte del general Ortín Gil, reivindicando la muerte de los supuestos confidentes, Lisardo Santil y José Luis Vicente, en Yurre (Vizcaya) y Llodio (Alava). El Alcázar ofrecía un detallado balance de la situación financiera de ETA en 1978: más de cincuenta ataques, además de los llamados impuestos revolucionarios a empresarios de Euskadi, lo que da un montante de 250 millones de pesetas, "además de terrorista" —afirmaba el vespertino de la Confederación Nacional de Combatientes—, "ETA es una sociedad que produce muy altos dividendos económicos".

Mientras el Gobierno confirmaba a Gutiérrez Mellado, las centrales sindicales anunciaban media hora de paro como apoyo a la actitud de orden de la sociedad democrática. CC. OO. y UGT secundaban la movilización en toda España de paros de solidaridad. El primer Congreso del Partido Comunista Valenciano advertía: "El peligro golpista se mantiene". La solidaridad sindical con el gobernador militar de Madrid muerto, además de resultar paradójica, aunque comprensible, era de nuevo criticada por El Alcázar, que se mantuvo durante toda la sema-

na rebotando santa indignación: "¿Cómo puede manifestarse un homenaje a un jefe del Ejército, luchador, trabajador al servicio de la Patria, dejando de trabajar?".

4 ESTADO DE OLVIDO

La Pascua Militar trajo consigo la reprimenda del general Gutiérrez Mellado a los disidentes, el largo discurso del Rey, la muerte del joven Muñoz, en un control de la salida Sur de Madrid, y el olvido.

En el viejo salón del palacio de Oriente, entre brocados, cortinajes, velones y troncos dorados, jefes y generales de las tres Armas son amonestados: "El espectáculo de una indisciplina —leyó el Rey—, de una actitud irrespetuosa, es francamente bochornoso". Esa madrugada, Antonio Ramírez, guardia civil de Beasáin (Guipúzcoa), y su novia, Hortensia González, eran ametrallados y muertos a la salida de una discoteca. Era la primera vez, señalaban las agencias, que ETA mataba a una mujer. No parecen claras, de momento, las reivindicaciones.

Desde que el 4 de enero, al grito de "¡Viva el honor!", un simlrante rompe el silencio en el patio de armas del Cuartel General del Ejército, hasta que en la Pascua Militar el general Gutiérrez Mellado reprende públicamente a los que le chillaron "¡Dimisión!", se había llegado paulatinamente a una situación conocida, que ya se repitió en la muerte de otros jefes militares: el olvido. No quiere esto decir que en determinados medios y sectores no permanezca la alarma. Las grandes masas, atentas a la televisión, son las que, tras la extensa ceremonia del palacio de Oriente se dan al olvido inmersos en la dinámica cotidiana. Las minorías permanecen vigilantes. Paralelamente a ello existe un forcejeo respecto al posible procesamiento del general Ateas, del coronel Tejero y del capitán Ynestrillas, estos dos últimos supuestamente implicados en ese extraño globo sonda que cierta prensa denominó Operación Galaxia.

Del olvido sólo queda, al menos para la opinión pública madrileña, la incomodidad de los controles policiales, los ataques, "más que nada una operación de imagen ante la opinión pública", afirmaba El País en una editorial. Imagen que, una opinión pública desolidarizada desde el franquismo, no llegará a captar.

El problema estriba en que, según las agencias de prensa, la nota reivindicativa de ETA, cuya reproducción íntegra supondría una "apología del terrorismo", amenaza con otros atentados. ¿Qué pasará si, desgraciadamente, muere otro general? Todo parece indicar que la derecha, en cualquiera de sus variantes, hasta las más drásticas, se consolidaría. Mundo Obrero hablaba, lógicamente, de "solidaridad con Gutiérrez Mellado". ■